

En los cuarenta años de la muerte de Thomas Mann

ALEJANDRO CUESTA FERNÁNDEZ

A cercarnos a lo que representa a lo que representa Thomas Mann para la Literatura del siglo **XX**, es una tarea de tanta magnitud como el consignar la impresión que nos produce su ya indiscutible perfil de coloso.

De otro lado, si analizamos el tipo de creaciones que se desarrollan en el convulso cambio de siglo, podemos encontrarnos con autores de la talla de Marcel Proust, James Joyce, y dentro del ámbito centroeuropeo con Hermann Hesse, Stephan Zweig, Franz Kafka, que de alguna manera completan la nómina de la novelística europea contemporánea.

En el caso de Thomas Mann, nos hallamos en presencia de un escritor grande por muchos conceptos; brilla tanto en la contenida expresión y a menudo evanescencia de sus historias

cortas, como en la presentación de mundos densos y monumentales en sí mismos, por medio de sus magnas obras: *"Los Buddenbrook"* (1901) y *"La montaña mágica"* (1924), como ejemplos más representativos.

Mann había nacido en la ciudad hanseática de Lübeck, el 6 de junio de 1875, perteneciendo a una familia acomodada, ya que su padre ostentaba el cargo de senador; su madre, Julia De Silva Bruhns, era oriunda de Río de Janeiro, prestando su influencia sudamericana posiblemente un cierto tono de exotismo al novelista, que en algunos momentos distancia su producción de unos presupuestos netamente germánicos y por ello, en un sentido tópico, más cerebrales, efectuando algunas concesiones a la sutileza y flexibilidad latinas.

«En el caso de Thomas Mann, nos hallamos en presencia de un escritor grande por muchos conceptos; brilla tanto en la contenida expresión y a menudo evanescencia de sus historias cortas, como en la presentación de mundos densos y monumentales en sí mismos.»



Después de una niñez feliz, en compañía de su hermano mayor Heinrieh, también escritor, la muerte del padre y la subsiguiente ruina económica, empuja a la madre con sus cinco hijos a la capital bávara, Munich, en donde Thomas se convertirá en un adolescente perezoso y ensimismado.

Más tarde encontramos al futuro gran autor, desempeñando un modesto empleo en una compañía de seguros, en donde su mente inquieta comienza a pergeñar sus primeras historias. Por este tiempo asiste a cursos de Historia, sociología y Arte. Pero, debido tal vez a la indo-meñable visión que de la vida percibe la juventud, a renglón seguido lo abandona todo y deambula por Roma, quizás buscando un marco adecuado para sus posteriores narraciones.

A partir de la publicación de una serie de novelas cortas, consigue el éxito con "*Los Buddenbrook*" (1901), ya mencionada, en donde pone en pie una especie de saga familiar. Asimismo Mann crea dos pequeñas obras maestras, que atraen sobre todo por una gran madurez en el dominio de los personajes, a pesar de su juventud. Se trata de "*Tonio Kroger*" y "*La muerte en Venecia*", que dan buena prueba de su dimensión viajera y cosmopolita. En la primera se desarrollan todas las incidencias de la infeliz vida de un genio, de un ser que no encuentra acomodo en parte alguna, aunque las fibras íntimas de su gran talante humano se nos presenten como únicas e indestructibles.

Sobre "*La muerte en Venecia*" ya se ha dicho mucho, y el magistral film de Visconti es lo bastante elocuente para corroborarlo. En la misma, se analiza el problema de la soledad con una gran virulencia, y su más inmediato efecto, léase la vejez, prematura o real y la muerte, todo ello envuelto en las

desgarradoras disquisiciones del más refinado temperamento artístico.

De resultas de la primera guerra mundial, que se salda con la derrota de los Imperios Centrales, Mann se alinea con lo que resta del Imperio, para dar un giro más tarde hacia los postulados de la República Democrática de Weimar. A partir de aquí los acontecimientos se precipitan, y en 1933 tiene que abandonar Alemania ante la llegada del Nazismo, debido a sus duros enfrentamientos con el régimen. Acto seguido se le desposee de todos sus títulos y honores, incluido el de Doctor, y sus libros, en unión de otros muchos "disidentes", arderán en las piras profanas y totalitarias del III Reich. Fija su residencia, junto a su esposa e hijos, primero en Francia y después en Suiza, antes de dar el salto a Norteamérica en donde impartirá clases de literatura en diversas universidades, hasta regresar definitivamente a Europa al final de su vida.

«A partir de la publicación de una serie de novelas cortas, consigue el éxito con "*Los Buddenbrook*" (1901), en donde pone en pie una especie de saga familiar.»

En un sentido general, Thomas Mann ha trazado su obra en tres frentes de una gran consistencia: sus numerosas novelas, algunos escritos que se mantienen en orden a la polémica y sus casi postreros pero muy sustanciosos Ensayos Críticos. Y en todos estos cometidos brilla a gran altura, se debate en torno a algunos problemas fundamentales del siglo XX: El destino del pueblo alemán, las crisis ideológicas y culturales, el ocaso de la burguesía; un humanismo que no encuentra su lugar adecuado..., temores ciertos que van minando su noble criterio sobre el mundo y con frecuencia entristecen su espíritu.

En otro orden de cosas, el estilo del autor de "*La montaña mágica*" podría inscribirse entre los grandes creadores de la Literatura centroeuropea, en los cuales sobresale la concepción de la vida en las ciudades, un duro gesto de

sufrimiento o congoja en sus personajes, analizado desde una perspectiva vitalista, y finalmente la destrucción de las ilusiones. Comparable pues a un Goethe, en donde bebe temáticamente hablando para su magna obra "*Doctor Faustus*" (1947), avanzando desde los conceptos medievales hasta los modernos, y en donde se han creído ver algunas claves de la hecatombe nazi, o a un Schiller por su vena dramática y poética, no puede decirse en cambio que tenga declarados seguidores. Pero... ¿no podría encontrarse algo transfigurado de Mann en un Erich Marie Remarque, en Hans Fallada o en Heinrich Böll, por ejemplo?.

El bagaje cultural de sus obras es casi inabarcable; a las anteriormente citadas podrían incorporarse reconstrucciones históricas tan importantes como "*Carlota en Weimar*" o "*Alteza Real*", para componer ese mosaico tan rico en caracteres, del que se encuentran exentos algunos autores que determinada crítica ha ensalzado, prisionera en las galas de la precipitación y los juicios relativos.

«Comparable pues a un Goethe, en donde bebe temáticamente hablando para su magna obra "*Doctor Faustus*" (1947), avanzando desde los conceptos medievales hasta los modernos, y en donde se han creído ver algunas claves de la hecatombe nazi, o a un Schiller por su vena dramática y poética.»



Thomas Mann fallecerá en Zurich, el 12 de agosto de 1955, a la edad de 80 años, cuando muchas de sus antiguas preocupaciones temáticas había desaparecido, afinándose en el terreno otras nuevas, como en cualquier trayectoria humana que se precie.

En nuestro país, muy reacio y tardío en lo que a recuperaciones compete, puede decirse que conocemos a Mann a través de las ediciones de sus Obras Completas, que no son tales, publicadas en Plaza y

Janes, y en los últimos tiempos la televisión le ha puesto un poco de moda, con todas las posibles críticas que puedan hacerse a su adaptación a la pequeña pantalla: "*Los Buddenbrook*", "*La montaña mágica*", y "*Las confesiones del estafador Félix Krull*", su última obra de ficción, así lo atestiguan, ocupándose de la figura de un extraordinario narrador, al que muy restringidos entes cultos nombran con respeto, pero del que la gran mayoría si acaso sabe que ha sido Premio Nobel y tal vez algunas cosas más.